De las identidades perdidas al hallazgo del consumo

*Lourdes Jaime Vázquez**

En el contexto de la polémica de si descubrimiento de América o encuentro de dos mundos, Fernando Savater dice que si ya resulta difícil identificarse con una afirmación de tipo general como "los españoles somos", más resulta sostener una afirmación relativa al pasado, del tipo "los españoles éramos o hicimos.[1] Característica esencial de la cultura occidental es la *obligación* que pesa sobre cada hombre de compartir una identidad y una memoria colectivas. Significa, afirma Savater, la elección del pasado ante la imposibilidad de determinar el futuro. Celebración de la historia que nunca resulta fácil y que, desde el planteamiento del autor, en el caso de América no se entiende ni cuando se trata de aquéllos que festejarán en 1992 "el comienzo del fin del yugo"; celebración que asombra porque, bien afirma Baudrillard, la descolonización arrojó a los países colonizados a problemas de identidad no resueltos y sustituyó "el protectorado a la fuerza por una servidumbre consentida".[2]

José Joaquín Brunner sostiene que la modernidad latinoamericana ha intentado, durante toda la época "independiente" del área, rescatar y clarificar la llamada identidad latinoamericana.[3] El esfuerzo es, en definitiva, por determinar la falsedad o autenticidad de la modernidad latinoamericana; modernidad que para muchos es un artificio, sea porque sostienen que la falacia de esa pseudomodernidad ha provocado la revitalización de las "culturas interiores", sea porque ven a la modernidad latinoamericana como producto de la penetración cultural norteamericana. Brunner piensa, en todo caso, que quizá ya no tenga sentido hablar de penetración cultural, sino de una modernidad vivida desde América Latina y desde toda la periferia capitalista como creación y recreación de

> [...] una heterogeneidad cultural que a través de todos sus fragmentos, quiebres, pliegues, collages y desplazamientos sigue ligada al centro hegemónico. La propia identidad de esas zonas periféricas se construye en parte con la imagen de ese Otro.[4]

Esa heterogeneidad cultural no quiere decir culturas diversas sino apropiación, de acuerdo con los códigos locales, de valores y productos difundidos por un mercado internacional de mensajes. La modernidad latinoamericana como participación socialmente segmentada y diferencial en la modernidad: coexistencia de la democratización de la educación superior con el analfabetismo de grandes núcleos de población; acceso paralelo a *Dallas* y a la telenovela local; dependencia científica y deseo de reconocimiento internacional de los científicos regionales, y así en todas las esferas de lo social. Mezcla cultural cuya única posibilidad de "convivencia pacífica" sea quizá la democracia, como sostiene Brunner.

Espacio donde carece de sentido plantearse la polémica de la posmodernidad, definida en esencia en relación con la experiencia europea de la modernidad. América Latina pertenece a ese universo al que alude Victoria Camps cuando dice que hay sectores del mundo que no conocen el bienestar del consumo (o existe sólo para minorías de la población) y mucho menos crisis del sujeto o de la razón.[5]

En el contexto de la creciente secularización y apertura de las sociedades, del fracaso de la utopía socialista y de la instauración del consumo como la forma de vida en los países del Primer Mundo, Camps propone una ética para "corregir la indiferencia y el desapego que ha producido la cultura de la opulencia".[6] Tal ética sostiene que es necesario "educar" los sentimientos para que ni sujetos ni colectividades permanezcan

* Personal académico de la Biblioteca "Dr. Jorge Villalobos Padilla" del ITESO.

ajenos a los problemas públicos y para que la insatisfacción provocada por esa problemática haga deseables una serie de valores o virtudes. Al referirse a dichas virtudes, la autora habla de prácticas, actitudes y disposiciones encaminadas al logro de la igualdad y la libertad para todos y a la búsqueda y satisfacción de necesidades e intereses comunes; virtudes que son cualidades básicas del sujeto democrático y que se concretizan en la *solidaridad*, la *responsabilidad* y la *tolerancia*. La *solidaridad* se presenta como el prerrequisito y el medio para atenuar la insuficiencia e imperfección de la justicia; no en vano la regla mundial parece ser que a mayor riqueza de una sociedad menor grado de solidaridad entre sus miembros. La *responsabilidad* significa una distribución más justa de los deberes sociales, una definición de los sujetos sociales que deben garantizar la prevención y solución de las contradicciones sociales. Y, por último, la *tolerancia*, entendida como el respeto de la diferencia y el reconocimiento de que nadie tiene ni la verdad ni la razón absolutas; tolerancia que hace posible la convivencia y que, además, la torna agradable.

Camps habla de que más que negar el individualismo propio del mundo moderno hay que transformarlo, propiciando una sociedad que favorezca sí la aparición de individuos, pero donde también sea posible construir una identidad a nivel de la humanidad entera, de la colectividad y de la persona.

Alain Finkielkraut afirma que se aniquila al individuo invocando la libertad y se defiende el diálogo en nombre de una diferencia cultural que lo excluye totalmente.[7] Plantea el tránsito de una concepción universal de hombre a una diversidad sin jerarquía de identidades culturales: de la sociedad teocéntrica a la Ilustración, en donde el origen del poder descansa en la unión de las voluntades de la colectividad nacional; en el siglo XIX surge el positivismo, que califica a la filosofía de las Luces de superstición y enfrenta a los europeos al problema de conciliar la herencia de la Ilustración con el progreso y el saber científico comprobable; luego, la anexión de Alsacia-Lorena a Alemania -"justificada científicamente" por razones de lengua, raza y tradición histórica- consolida al nacionalismo y pone de manifiesto sus peligros totalitarios. Los europeos hacen de su civilización el modelo a seguir y la imponen a otras sociedades para "salvarlas" de la barbarie e incorporarlas al progreso. Y así hasta que la moderna antropología reivindicó el valor de la diferencia cultural: filosofía de la descolonización que ciertamente ayudó a la liberación del Tercer Mundo, pero que significó el decreto de muerte del Hombre Universal en nombre del hombre diferente; obsesión por la pureza y miedo ante la contaminación que generó un nuevo racismo basado en la diferencia cultural.

Paralelamente a esa defensa de las sociedades multiculturales surgió el sujeto posmoderno, sustentador del eclecticismo y consumidor en primera instancia; desea una sociedad polimorfa que ponga todas las formas de vida y todos los bienes de consumo a disposición de cada individuo. Para los posmodernos todas las manifestaciones culturales tienen el mismo valor; de lo que se trata es de probarlas, saborearlas y desecharlas. El principio del placer en el centro de la vida, la cultura y la diversión homologadas; idolatría de los valores juveniles, entendidos como opuestos al pensamiento y vividos como "una cura de desintelectualización" de todas las esferas; "modernización" de la política, la educación y el periodismo para ponerlos al alcance de una sociedad que se niega a pensar; la pérdida de significación como consecuencia, concluye Finkielkraut.

En el mismo sentido se expresa Guy Debord al hablar de una sociedad del espectáculo que ha expulsado a la inteligencia de su seno, una sociedad donde la crítica existente "está oculta bajo la pesada puesta en escena del pensamiento del divertimento".[8] Se trata de una sociedad donde se aplica lo dicho por Feuerbach refiriéndose a su tiempo: priva "la imagen a la cosa, la copia al original, la representación a la realidad". Es el reinado de la economía de mercado y de las formas de gobierno que le corresponden; el valor viene dado por la venta, nada escapa a la lógica de los intereses industriales. Desde un "centro director" ubicuo se define la imagen que el sujeto debe tener de sí mismo y del mundo, lo que debe recordar y lo que debe proyectar para el futuro. La historia ha quedado fuera del juego para ocultar la propia constitución de la sociedad del espectáculo; es el momento de un presente continuo que olvida el pasado y no cree en el futuro y se regodea en la información-desinformación de una serie de banalidades. La desinformación como rasgo natural del mundo de lo falso, del mundo donde no hay lugar para la comprobación porque hasta la ciencia sucumbe a ratos a los imperativos de rentabilidad económica y sirve también a la dominación del espectáculo. Hedonis-

mo del consumo y de la diversión, generador de una sociedad adolescente que idolatra los valores "juveniles" y abomina el pensamiento.

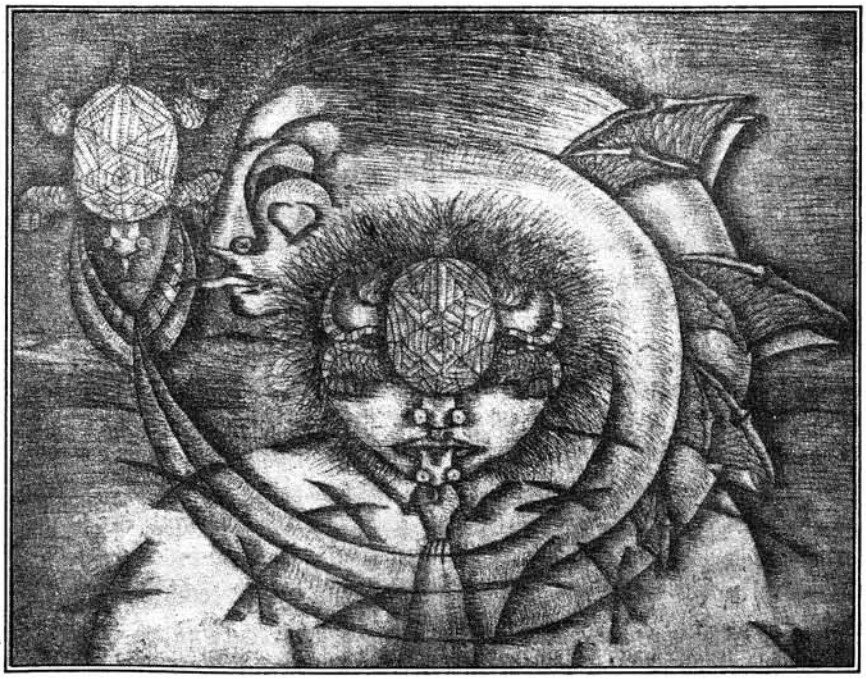
Banalidad que permea toda la vida social y que, como plantea Antonio Escohotado, reina en la toma de decisiones políticas y económicas, para hacer de la tragicomedia la característica de la actual vida pública cotidiana.[9] Mercantilización de actos, relaciones y productos; desplazamiento de la riqueza desde el ser al tener; la opción por lo falso, por la imitación, que resulta más rentable que lo auténtico; las vidas personales y las culturas como series interminables de concursos, como sucesión de éxitos intermitentes. Infantilización de una conciencia que "consuma la

metafísica del dinero" y renuncia a la actividad y a la conjugación del verbo hacer en primera persona. ¿Ciudadanos a la medida del Estado contemporáneo o un Estado a la medida de tales ciudadanos?: legitimación de la violencia y del control, confusión de las opciones políticas, comedia de la autodeterminación.

"Pasividad" peculiar de una masa que más que permanecer alienada -como lo pretendía la ideología de izquierda de los *mass-media*- reinterpreta toda la información de acuerdo con sus intereses y fines y la desvía en bloque hacia el espectáculo. Tal es el planteamiento de Jean Baudrillard cuando afirma que ni ciencia, ni técnica, ni saber, ni consumo responden más a necesidades sino a dimensiones de estatus y prestigio.[10] A las masas les interesa la diversión, no el sentido; "mayorías silenciosas" que han renunciado a ser sujetos y se hacen presentes no en la expresión sino en la auscultación a que se someten en los sondeos de opinión, en el dato estadístico y en las afirmaciones impersonales. Descifrar y aprender no forma parte de sus intereses; la idea es la manipulación y el acceso continuos a la suma íntegra de posibilidades en la globalidad de las esferas. Es un esfuerzo donde

> Todo el mundo es cómplice, en especial los *mass-media,* de mantener la ilusión de la posibilidad de ciertos hechos, de la realidad de las opciones, de una finalidad histórica, [...] de salvar el principio de realidad.[11]

Salvación de lo real cuando, de acuerdo con Baudrillard, la realidad ha sido suplantada por su simulación; veneración de la réplica que reduce, tanto a ella como al original, al ámbito de lo artificial. Por eso Disneylandia es el espacio donde los adultos juegan a ser niños, para ocultar el infantilismo real de todo un país. La posmodernidad como el imperio de la cultura como simulacro. ■



Notas

1. Savater, Fernando. "Todo tiempo pasado", en *A decir verdad,* FCE, col. Sombras del Origen, Madrid, 1987, pp. 185-189.
2. *Ibidem,* p. 188.
3. Brunner, José Joaquín. *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales,* FLACSO, Santiago de Chile, 1988, 471 pp.
4. *Ibidem,* p. 235.
5. Camps, Victoria. *Virtudes públicas,* Espasa-Calpe, col. Mañana, Madrid, 1990, 214 pp.
6. *Ibidem,* p. 9.
7. Finkielkraut, Alain. *La derrota del pensamiento,* Anagrama, col. Argumentos, Barcelona, 1988, 139 pp.
8. Debord, Guy. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo,* Anagrama, col. Argumentos, Barcelona, 1990, p. 66.
9. Escohotado, Antonio. *El espíritu de la comedia,* Anagrama, col. Argumentos, Barcelona, 1991, 210 pp.
10. Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro,* Kairós, Barcelona, 1987, 193 pp.
11. *Ibidem,* p. 75.